

rece que hago, sinó andar al hilo de la gente, como dicen, ni con pena, ni gloria, ni la da vida, ni muerte, ni placer, ni pesar, no parece se siente nada. Paréceme á mí que anda el alma como un asnillo que paca, que se sustenta, porque le dan de comer y come cási sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos ni efectos para que se entienda el alma.

13. Paréceme ahora á mí como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo, porque en estotras maneras son tan grandes los efectos, que cási luégo ve el alma su mejoría, porque luégo bullen los deseos y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes impetus de amor que he dicho á quien Dios los da. Es como unas fuenteccas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hácia arriba. Al natural me parece este ejemplo y comparacion de las almas que aquí llegan: siempre está bullendo el amor y pensando que hará; no cabe en sí como en la tierra parece no cabe aquella agua, sinó que la echa de sí. Así está el alma muy ordinario que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene; ya la tiene á ella empapada en sí, querria bebiesen los otros, pues á ella no le hace falta, para que la ayudasen á alabar á Dios. Oh qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor á la Samaritana, y así soy muy aficionada á aquel Evangelio: y es así cierto, que sin entender, como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada á donde estaba siempre con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam*. Parece también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque, es menester haya siempre que quemar: así son las almas que digo, aunque fuese muy á su costa que querrian traer leña para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que áun con pajas que pudiese echar en él, me contentaria; y así me acaece algunas y muchas veces; unas me río y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita á que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores á imágenes, en barrer ó en poner un orato-

rio, ó en unas cositas tan bajas, que me hacia confusion. Si hacia algo de penitencia, todo poco, y de manera, que á no tomar el Señor la voluntad, veia yo era sin ningun tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo á ánimas que da Dios por su bondad este fuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque como le faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego y ella muere porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume y hace ceniza y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento, aunque es sabroso.

14. Alabe muy mucho al Señor el alma que ha llegado aquí, y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, ó le dió letras, y talento, y libertad para predicar y confesar, y llegar almas á Dios, que no sabe ni entiende el bien que tiene; si no ha pasado por gustar, que es no poder hacer nada en servicio del Señor, y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo y déle gloria los ángeles. Amen.

15. No sé si hago bien de escribir tantas menudencias: como vuesa merced me tornó á enviar á mandar, que no se me diese nada de alargarme, ni dejase nada, voy tratando con claridad y verdad lo que se me acuerda; y no puede ser ménos de dejarse mucho, porque seria gastar mucho más tiempo, y tengo tan poco como he dicho, y por ventura no sacar ningun provecho.

## CAPITULO XXXI

Trata de algunas tentaciones exteriores, y representaciones que le hacía el demonio y tormentos que le daba. Trata también algunas cosas harto buenas, para aviso de personas que van camino de perfeccion.

1. Quiero decir (ya que he dicho algunas tentaciones y turbaciones interiores y secretas que el demonio me causaba) otras que hacía cási públicas, en que no se podia ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y aparecióme hácia el lado izquierdo de abominable figura; en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecia le salia una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra.

Dijome espantablemente, que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría á ellas. Yo tuve gran temor, y santigüeme como pude, y desapareció, y tornó luego: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; tenía allí agua bendita, echéla hácia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podia ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas y no sabían qué se hacer, ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es muy intolerable, hacer actos como puedo entre mí, suplicando al Señor, si se sirve de aquello, que me dé su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez vi el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos para poderlo llevar, y determinaciones. Quiso el Señor entendiéndose cómo era el demonio, porque vi cabe mí un negrillo muy abominable, regañando como desesperado de que á donde pretendía ganar, perdía. Yo como le vi reime, y no hube miedo, porque había allí algunas conmigo, que no se podían valer, ni sabían qué remedio poner á tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacía dar, sin poderme resistir con cuerpo, y cabeza, y brazos; y lo peor era el desasosiego. No osaba pedir agua bendita por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era.

2. De muchas veces tengo experiencia, que no hay cosa con que huyan más para no tornar: de la cruz tambien huyen, mas vuelven luego, debe ser grande la virtud del agua bendita; para mí es particular, y muy conocida consolacion que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreacion, que no sabia yo darla á entender, con un deleite interior, que toda el alma me conhorta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acaecido sólo una vez, sino muy muchas, y mirado con gran advertencia; digamos, como si uno estuviere con mucha calor y sed, y bebiese un jarro de agua fria, que parece todo él sintió el refrigerio. Considero yo, que gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia, y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que así la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito.

Pues como no cesaba el tormento, dije, si nó se riesen pediría agua bendita. Trajéronmela, echáronmela á mí, y no aprovechaba; echéla hácia donde estaba, y en un punto se fué, y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada, como si me hubieran dado muchos palos. Hizome gran provecho ver que áun no siendo un alma y cuerpo suyo, cuando el Señor le da licencia hace tanto mal, qué hará cuando él lo posea por suyo: díome de nuevo gana de librarne de tan ruin compañía. Otra vez, poco há, me acaeció lo mesmo, aunque no duró tanto, y yo estaba sola, pedí agua bendita, y las que entraron despues que ya se había ido (que eran dos monjas bien de creer, que por ninguna suerte dijeran mentira) olieron un olor muy malo, como de piedra azufre. Yo no lo oí: duró de manera que se pudo advertir á ello. Otra vez estaba en el coro, y díome un gran impetu de recogimiento, y fuime de allí porque no le entendiesen, aunque cerca oyeron todas dar golpes grandes á donde yo estaba, y yo cabe mí oí hablar, como que concertaban algo, aunque no entendí qué habla fuese, mas estaba tan en oracion, que no entendí cosa ni hube ningun miedo. Cási cada vez era cuando el Señor me hacía merced de que por mi persuasion se aprovechase algun alma, y es cierto, que me acaeció lo que ahora diré; y desto hay muchos testigos, en especial quien ahora me confiesa, que lo vió por escrito en una carta, sin decirle yo quién era la persona cuya era la carta, bien sabia él quién era.

3. Vino una persona á mí, que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo, ni se confesaba, ni se enmendaba, y decia misa. Y aunque confesaba otros, éste decia, que cómo él había de confesar cosa tan fea, y tenía gran deseo de salir dél, y no se podia valer á sí. A mí hizome gran lástima, y ver que se ofendía á Dios de tal manera, me dió mucha pena: prometile de suplicar á Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí á cierta persona que él me dijo podia dar las cartas: y es así que á la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor (por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado á Dios, que se lo había yo encomendado) hacer con

esta alma esta misericordia; y yo aunque miserable, hacia lo que podia con harto cuidado. Escribíome que estaba ya con tanta mejoría, que habia dias que no caia en él, mas que era tan grande el tormento que le daba la tentacion, que parecia estaba en el infierno, segun lo que padecia, que le encomendase á Dios. Yo lo torné á encomendar á mis hermanas, por cuyas oraciones debia el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy á pechos: era persona que no podia nadie atinar en quién era. Yo supliqué á su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios á atormentarme á mi, con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así que pasé un mes de grandísimos tormentos, entónces eran estas dos cosas que he dicho. Fué el Señor servido que le dejaron á él (ansi me lo escribieron) porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su ánima, y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor, y á mi, como si yo hubiera hecho algo, sinó que ya el crédito que tenia de que el Señor me hacia mercedes, le aprovechaba. Decia que cuando se veia muy apretado leia mis cartas, y se le quitaba la tentacion, y estaba muy espantado de lo que yo habia padecido, y cómo se habia librado él: y aún yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años, por ver aquella alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oracion de los que sirven al Señor, como yo creo que lo hacen en esta casa estas hermanas, sinó que como yo lo procuraba, debian los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitia. En este tiempo tambien una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, vi ir mucha multitud dellos, como quien se va despeñando. Son tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les hé con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaria á vuesa merced y me cansaria si las dijese.

4. Lo dicho aproveche de que el verdadero siervo de Dios se le dé poco destes espantajos que éstos ponen para hacer temer: sepan que cada vez que se nos da poco dellos, quedan con ménos fuerza, y el alma muy más señora. Siempre queda algun gran provecho, que por no alargar no lo digo; sólo diré esto que me acaeció una noche de las ánimas estando en un

oratorio, habiendo rezado un Nocturno y diciendo unas oraciones muy devotas, que están al fin del que tenemos en nuestro rezado, se me puso sobre el libro para que no acabase la oracion, yo me santigué y fuése. Tornando á comenzar, tornóse (creo fueron tres veces las que la comencé) y hasta que eché agua bendita, no pude acabar; vi que salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante, que debia faltarles poco, y pensé si pretendia estorbar esto. Pocas veces lo he visto tomando forma, y muchas sin ninguna forma, como la vision, que sin forma se ve claro está allí, como he dicho. Quiero tambien decir esto, porque me espantó mucho. Estando un dia de la Trinidad en cierto monasterio en el coro, y en arrobamiento, vi una gran contienda de demonios contra ángeles: yo no podia entender qué queria decir aquella vision; ántes de quince dias se entendió bien en cierta contienda que acaeció entre gente de oracion y muchas que no lo eran, y vino harto daño á la casa que era: fué contienda que duró mucho y de harto desasosiego. Otra vez veia mucha multitud dellos en rededor de mí, y parecíame estar una gran claridad que me cercaba toda, y ésta no les consentia llegar á mí: entendí que me guardaba Dios para que no llegasen á mí de manera que me hiciesen ofenderle: en lo que he visto en mí algunas veces entendi que era verdadera vision. El caso es que ya tengo entendido su poco poder (si yo no soy contra Dios) que casi ningun temor los tengo, porque no son nada sus fuerzas si no ven almas rendidas á ellos, y cobardes, que aquí muestran ellos su poder. Algunas veces en las tentaciones que ya dije, me parecia que todas las vanidades y flaquezas de tiempos pasados tornaban á despertar en mí, que tenia bien que encomendarme á Dios: luégo era el tormento de parecerme, que pues venian aquellos pensamientos, que debia ser todo demonio, hasta que me sosegaba el confesor; porque á un primer movimiento de mal pensamiento, me parecia á mí no habia de tener quien tantas mercedes recibia del Señor. Otras veces me atormentaba mucho (y aún ahora me atormenta) ver que se hace mucho caso de mí, en especial personas principales, y de que decian mucho bien: en esto he pasado y paso mucho. Miro luégo á la vida de Cristo y de los santos, y paréceme que voy al revés, que ellos no iban sinó

por desprecio é injurias: háceme andar temerosa, y como que no oso alzar la cabeza ni querría parecer: lo que no hago cuando tengo persecuciones, anda el alma tan señora, aunque el cuerpo lo siente, y por otra parte ando afligida, que yo no sé cómo esto puede ser: mas pasa así, que entónces parece está el alma en su reino, y que lo trae todo debajo de los piés. Dábame algunas veces, y duróme hartos días, y parecía era virtud y humildad por una parte, y ahora veo claro era tentacion (un fraile dominico, gran letrado, me lo declaró bien): cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace, se habian de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino á términos, que considerándolo, de mejor gana me parece me determinaba á que me enterraran viva, que por esto; y así cuando me comenzaron estos grandes recogimientos ó arrobamientos á no poder resistirlos aún en público, quedaba yo despues tan corrida, que no quisiera parecer á donde nadie me viera.

5. Estando una vez muy fatigada desto, me dijo el Señor ¿ que qué temia? Que en esto no podia sino haber dos cosas, ó que murmurasen de mí, ó que alabasen á él. Dando á entender, que los que lo creian le alabarian, y los que nó, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas eran ganancia para mí, que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino á términos la tentacion, que me queria ir deste lugar y dotar en otro monasterio muy más encerrado que en el que yo al presente estaba, que habia oído decir muchos extremos dél (era tambien de mi órden, y muy léjos, que esto es lo que á mí me consolara estar á donde no me conocieran) y nunca mi confesor me dejó. Mucho me quitaban la libertad del espíritu estos temores (que despues vine yo á entender no era buena humildad, pues tanto inquietaba) y me enseñó el Señor esta verdad; que si yo tan determinada y cierta estuviera, que no era ninguna cosa buena mía, sino de Dios, que así como no me pesaba de oír loar á otras personas, ántes me holgaba y consolaba mucho de ver que allí se mostraba Dios, que tampoco me pesaria mostrarse en mí sus obras.

6. Tambien di en otro extremo, que fué suplicar á Dios, y hacia oracion particular, que cuando alguna persona le pa-

reciese algo bien en mí, que su Majestad le declarase mis pecados, para que viese cuán sin mérito mio me hacía mercedes, que esto deseo yo siempre mucho. Mi confesor me dijo no lo hiciese, mas hasta ahora poco há, si veía yo que una persona pensaba de mí bien mucho, por rodeos, ó como podia le daba á entender mis pecados, y con esto parece descansaba: tambien me han puesto mucho escrúpulo en esto. Procedía esto, no de humildad á mi parecer, sino de una tentacion venian muchas; parecíame que á todos los traía engañados, y (aunque es verdad que andan engañados en pensar que hay algun bien en mí) no era mi deseo engañarlos, ni jamás tal pretendí, sino que el Señor por algun fin lo permite, y así aún con los confesores, si nó viera era necesario, no tratara ninguna cosa, que se me hiciera gran escrúpulo. Todos estos temorcillos y penas y sombra de humildad, entiendo yo ahora era harta imperfeccion, y de no estar mortificada; porque un alma dejada en las manos de Dios, no se le da más que digan bien que mal, si ella entiende bien entendido, como el Señor quiere hacerle merced que lo entienda, que no tiene nada de sí. Fíese de quien se lo da, que sabrá por qué lo descubre, y aparéjese á la persecucion, que está cierta en los tiempos de ahora, cuando de alguna persona quiere el Señor se entienda que la hace semejantes mercedes; porque hay mil ojos para un alma destas, á donde para mil almas de otra hechura no hay ninguno. A la verdad no hay poca razon de temer, y éste debía ser mi temor, y no humildad, sino pusilanidad; porque bien se puede aparejar un alma, que así permite Dios que ande en los ojos del mundo á ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir á él, el mesmo mundo la matará.

7. No veo cierto otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que á poder de murmuraciones no las perfeccion. Digo que es menester más ánimo para si uno no está perfecto llevar camino de perfeccion, que para ser de presto mártires; porque la perfeccion no se alcanza en breve (sino es á quien el Señor quiere por particular privilegio hacerle esta merced) el mundo en viéndole comenzar le quiere perfecto, y de mil leguas le entiende una falta, que por ventura en él es virtud, y quien le condena usa de aquello mesmo por vicio, y así lo juzga en el otro. No ha de ha-

ber comer, ni dormir, ni como dicen, resollar; y mientras en más le tienen, más deben olvidar, que aunque se están en el cuerpo, por perfecta que tengan el alma viven aún en la tierra sujetos á sus miserias, aunque más la tengan debajo de los piés: y así como digo, es menester gran ánimo, porque la pobre alma aún no ha comenzado á andar, y quíeréla que vuele; aún no tiene vencidas las pasiones, y quieren que en grandes ocasiones estén tan enteras como ellos leen estaban los santos despues de confirmados en gracia. Es para alabar al Señor lo que en esto pasa, y aún para lastimar mucho el corazon, porque muy muchas almas tornan atrás, que no saben las pobrecitas valerse: y así creo hiciera la mia, si el Señor tan misericordiosamente no lo hiciera todo de su parte, y hasta que por su bondad lo puso todo, ya verá vuesa merced que no ha habido en mí sinó caer y levantar. Querria saberlo decir, porque creo se engañan aquí muchas almas, que quieren volar ántes que Dios les dé alas.

8. Ya creo he dicho otra vez esta comparacion, mas viene bien aquí, trataré esto, porque veo algunas almas muy afligidas por esta causa. Como comienzan con grandes deseos y fervor, y determinacion de ir adelante en la virtud, y algunas, quanto al exterior, todo lo dejan por él, como ven en otras personas que son más crecidas, cosas muy grandes de virtudes que les da el Señor, que no nos las podemos nosotros tomar, ven en todos los libros que están escritos de oracion y contemplacion, poner cosas que hemos de hacer para subir á esta dignidad, que ellos no las pueden luégo acabar consigo, desconsuélanse: como es un no se nos dar nada que digan mal de nosotros, ántes tener mayor contento que cuando dicen bien; una poca estima de honra, un desasimiento de sus deudos (que si nó tienen oracion, no los querria tratar, ántes le cansan) otras cosas desta manera muchas, que á mí parecer les ha de dar Dios, porque me parece son ya bienes sobrenaturales, ó contra nuestra natural inclinacion. No se fatiguen, esperen en el Señor, que lo que ahora tienen en deseos, su Majestad hará que lleguen á tenerlo por obra con oracion, y haciendo de su parte lo que es en sí; porque es muy necesario para este nuestro flaco natural tener gran confianza, y no desmayar ni pensar que si nos esforzamos dejaremos de

salir con victoria. Y porque tengo mucha experiencia desto, diré algo para aviso de vuesa merced, y no piense (aunque le parezca que sí) que está ya ganada la virtud, si no la experimenta con su contrario, y siempre hemos de estar sospechosos, y no descuidarnos mientras vivimos; porque mucho se nos pega luégo, si como digo no está ya dada del todo la gracia para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame á mí pocos años há, que no sólo no estaba asida á mis deudos, sinó me cansaban, y era cierto así, que su conversacion no podia llevar. Ofrecióse cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mia, á quien yo queria muy mucho ántes; y puesto que en la conversacion, aunque ella es mejor que yo, no me hacia con ella (porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser la conversacion siempre en lo que yo la querria) y lo más que podia me estaba sola; vi que me daban pena sus penas, más harto que de prójimo, y algun cuidado. En fin, entendí de mí que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aún habia menester huir la ocasion, para que esta virtud que el Señor me habia comenzado á dar fuese en crecimiento, y así con su favor lo he procurado hacer siempre despues acá.

9. En mucho se ha de tener una virtud cuando el Señor la comienza á dar, y en ninguna manera ponernos en peligro de perderla, así es en cosas de honra, y en otras muchas; que crea vuesa merced que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto. Y cualquiera persona que sienta en sí algun punto de honra, si quiere aprovechar, créame y dé tras este atamiento, que es una cadena, que no hay lima qué la quiebre, sinó es Dios con oracion, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras, que las hacen tan grandes que espantan á las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aún en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfeccion? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene á quien tanto hace por Dios? O que tiene un punto de honra; y lo peor que tiene es que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es

obligado á tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor á esta horniguilla, que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que á todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sinó que él no medra, ni aún deja medrar á los que andan cabe él; porque la fruta que da buen ejemplo no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto ó compás que se yerre disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oracion es pestilencia.

10. ¿Andas procurando juntarte con Dios por union, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino. Llega el Señor al alma, esforzándonos nosotros y procurando perder de nuestro derecho en muchas cosas. Dirán algunos, no tengo en qué, ni se me ofrece: yo creo que quien tuviere esta determinacion, que no querrá el Señor pierda tanto bien, su Majestad ordenará tantas cosas en que gane esta virtud, que no quiera tantas. Manos á la obra, quiero decir las naderias y poquedades que yo hacia cuando comencé, ó algunas dellas; las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más: todo lo recibe el Señor, sea bendito por siempre. Entre mis faltas tenia ésta, que sabia poco de rezado, y de lo que habia de hacer en el coro, y cómo le regir de puro descuidada y metida entre otras vanidades, y veia á otras novicias que me podian enseñar.

11. Acaeciame no les preguntar, porque no entendiesen yo sabia poco: luego se pone delante el buen ejemplo, esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, aún sabiéndolo, tantico que estaba en duda, lo preguntaba á las niñas, ni perdi honra, ni crédito, ántes quiso el Señor (á mi parecer) darme despues más memoria. Sabia mal cantar, sentia tanto si no tenia estudiado lo que me encomendaban (y no por el hacer falta delante del Señor, que esto fuera virtud, sinó por las muchas que me oian) que de puro honrosa me turbaba tanto, que decia muy ménos de lo que sabia. Tomé despues por mí, cuando no lo sabia muy bien, decir que no

lo sabia. Sentia harto á los principios, y despues gustaba dello: y es así, que comencé á no se me dar nada de que se entendiese no lo sabia, que lo decia muy mejor; y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto que tenia por honra, que cada uno la pone en lo que quiere. Con estas naderias, que no son nada (y harto nada soy yo, pues esto me daba pena) de poco en poco se van haciendo con actos, y cosas poquitas como estas (que en ser hechas por Dios les da su Majestad tomo) ayuda su Majestad para cosas mayores. Y así en cosas de humildad me acaecia, que de ver que todas se aprovechaban, sinó yo (porque nunca fui para nada) de que se iban del coro coger todos los mantos. Pareciame servia á aquellos ángeles, que allí alababan á Dios, hasta que no sé cómo vinieron á entenderlo, que no me corri yo poco, porque no llegaba mi virtud á querer que entendiesen estas cosas; y no debia ser por humilde, sinó porque no se riesen de mí, como era tan nonada.

12. ¡Oh Señor mio, qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas, que aún no las levantaba de la tierra por vuestro servicio, sinó que todo iba envuelto en mil miserias! No manaba aún el agua de vuestra gracia debajo destas arenas, para que las hiciere levantar. ¡Oh Criador mio, quién tuviera alguna cosa que contar entre tantos males, que fuera de tomo, pues cuento las grandes mercedes que he recibido de Vos! Es así, Señor mio, que no sé cómo puede sufrirlo mi corazon, ni cómo podrá quien esto leyere dejarme de aborrecer, viendo tan mal servidas tan grandisimas mercedes; y que no hé vergüenza de contar estos servicios, en fin como míos. Si tengo, Señor mio, mas el no tener otra cosa que contar de mi parte, me hace decir tan bajos principios, para que tenga esperanza quien los hiciere grandes, que pues estos parece ha tomado el Señor en cuenta, los tomará mejor. Plega á su Majestad me dé gracia para que no esté siempre en principios. Amen.

## CAPITULO XXXII.

En que trata cómo quiso el Señor ponerla en espíritu en un lugar del infierno, que tenía por sus pecados merecido. Cuenta una cifra de lo que allí se le representó por lo que fué. Comienza á tratar la manera y modo cómo se fundó el Monasterio á donde ahora está el de San José.

1. Despues de mucho tiempo que el Señor me habia hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un dia en oración, me hallé en un punto sin saber cómo, que me parecia estar metida en el infierno. Entendí que queria el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada á manera de un callejon muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo, y oscuro, y angosto: el suelo me parecia de una agna como lodo muy súcio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en una pared á manera de una alacena, á donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparacion de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

2. Estotro me parece que áun principio de encarecerse como es, no lo puede haber ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (segun dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar; porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y áun algunos como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparacion de lo que allí sentí, y ver que habian de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparacion del agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una afliccion tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo

encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veia yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzarse (á lo que me parece) y digo, que aquel fuego y desesperacion interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes que son espantosas á la vista, aprietan ellas mesmas, y todo ahoga, no hay luz, sinó todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que á la vista ha de dar pena todo se ve. No quiso el Señor entónces viese más de todo el infierno, despues he visto otra vision de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuanto á la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentia la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta vision quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, afliccion en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me habia librado su misericordia: porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se lleva bien mi alma) ni que los demonios atenzan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparacion deste fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y áun lo estoy ahora escribiéndolo, con que há casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí á donde estoy, y así no me acuerdo vez que tenga trabajo, ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir, que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones desta vida, como para esforzarme á padecerlas y dar gracias al Señor que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpétuos y terribles.

3. Despues acá, como digo, todo me parece fácil en com-

paracion de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padeci. Espántame cómo habiendo leído muchas veces libros á donde se da algo á entender de las penas del infierno, cómo no las temía ni tenía en lo que son: á donde estaba, cómo me podia dar cosa descanso de lo que me acarrea ir á tan mal lugar. Seais bendito, Dios mio, por siempre, y cómo se ha parecido que me queriades Vos mucho más á mí que yo me quiero. Qué de veces, Señor, me librásteis de cárcel tan temerosa, y cómo me tornaba yo á meter en ella contra vuestra voluntad. De aquí tambien gané la grandisima pena que me da las muchas almas que se condenan (destos Luteranos en especial, porque eran ya por el Bautismo miembros de la Iglesia), y los impetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto á mí, que por librar una sola de tan grandisimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que si vemos acá una persona que bien queremos en especial, con un gran trabajo ó dolor, parece que nuestro mesmo natural nos convida á compasion, y si es grande nos aprieta á nosotros: pues ver á un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazon que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que en fin se acabará con la vida, y que ya tiene término, aún nos mueve á tanta compasion: estotro que no lo tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

4. Esto tambien me hace desear que en cosa que tanto importa, no nos contentemos con ménos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte, no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cuando yo considero que aunque era tan malisima, traía algun cuidado de servir á Dios, y no hacía algunas cosas que veo, que como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia, que me la daba el Señor, no era inclinada á murmurar ni á decir mal de nadie, ni me parece podia querer mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más continuo, y veo á donde me tenían ya los demonios aposentada; y es verdad,

que segun mis culpas, aún me parece merecía más castigo. Mas con todo, digo que era terrible tormento y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego, ni contento el alma que anda cayendo á cada paso en pecado mortal, sinó que por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará, como ha hecho á mí. Plega á su Majestad que no me deje de su mano para que yo torne á caer, que ya tengo visto á donde he de ir á parar, no lo permita el Señor por quien su Majestad es. Amen.

5. Andando yo despues de haber visto esto y otras grandes cosas y secretos que el Señor por quien es me quiso mostrar, de la gloria que se dará á los buenos y pena á los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal, y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes y acabar ya de todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sinó sabroso; bien se veía que era Dios, y que le habia dado su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me habia hecho á la religion, guardando mi regla con la mayor perfeccion que pudiese: y aunque en la casa donde estaba habia muchas siervas de Dios, y era harto servido en ella, á causa de tener gran necesidad, salian las monjas muchas veces á partes á donde con toda honestidad y religion podiamos estar: y tambien no estaba fundada en su primer rigor la regla, sinó guardábase conforme á lo que en toda la Orden (que es con Bula de relajacion) y tambien otros inconvenientes que me parecia á mí tenían mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas (á quien los Perlados no podian decir de no) gustaban estuviere yo en su compañía, importunados mandábanmelo: y así segun se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debia ayudar para que no estuviere en casa, que todavía como comunicaba con algunas lo que los que me trataban me enseñaban, haciase gran provecho. Ofrecióse



una vez estando con una persona, decirme á mi y á otras que si seríamos para ser monjas de la manera de las Descalzas, que aún posible era poder hacer un monasterio. Yo como andaba en estos deseos, comencélo á tratar con aquella señora, mi compañera viuda, que ya he dicho, que tenía el mismo deseo: ella comenzó á dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que dello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, que era muy á mi gusto, y la celda en que estaba, hecha muy á mi propósito, todavía me detenía: con todo concertamos de encomendarlo mucho á Dios.

6. Habiendo un día comulgado, mandóme mucho su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que á la una puerta nos guardaría él, y nuestra Señora á la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que aunque las religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas: ¿que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos? Que dijese á mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba él que no fuese contra ello ni me lo estorbase. Era esta vision con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar; y como estaba tan contentísima en aquella casa, que aunque antes lo trataba, no era con tanta determinacion ni certidumbre qué sería. Aquí parecía se me ponía premio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría, mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó á hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones, que yo veía ser claras y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sinó decirlo á mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. El no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme á razon natural, por haber poquísima y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo había de hacer. Díjome que

lo tratase con mi Perlado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo: yo no trataba estas visiones con el Perlado, sinó aquella señora trató con él que quería hacer este monasterio, y el Provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda religion, y dióle todo el favor que fué menester, y díjole que el admitiría la casa: trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece por muchas causas. Antes que lo comenzásemos á tratar, escribimos al santo Fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo. No se hubo comenzado á saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecucion que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disbarate; á mi, que bien me estaba en mi monasterio, á la mi compañera tanta persecucion, que la traian fatigada. Yo no sabia qué me hacer, en parte me parecía que tenían razon. Estando así muy fatigada encomendándome á Dios, comenzó su Majestad á consolarme y animarme: díjome que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que muchas más persecuciones tenía por pasar de las que yo podía pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese á mi compañera, y lo que más me espantaba yo es que luégo quedábamos consoladas de lo pasado y con ánimo para resistir á todos; y es así, que gente de oracion y todo en fin, el lugar no había casi persona, que entónces no fuese contra nosotras y le pareciese grandísimo disbarate.

7. Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mesmo monasterio, que al Provincial le pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer y no la quiso admitir: dijo que la renta no era segura, y que era poca, y que era mucha la contradicion, y en todo parece tenía razon, y en fin lo dejó y no la quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, diónos muy gran pena; en especial me la dió á mi de ver al Provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querian absolver si no la dejaba; porque decian era obligada á quitar el escándalo.

8. Ella fué á un gran letrado muy gran siervo de Dios, de la Orden de Santo Domingo, á decirselo y darle cuenta de

todo (esto fué aún ántes que el Provincial lo tuviese dejado), porque en todo el lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer; y así decían que sólo era por nuestras cabezas. Dió esta señora relacion de todo y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo á este santo varon, con harto deseo nos ayudase; porque era el mayor letrado que entónces habia en el lugar y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer y algunas causas; no le dije cosa de revelacion ninguna, sinó las razones naturales que me movian, porque no queria yo nos diese parecer sinó conforme á ellas. El nos dijo que le diésemos de término ocho dias para responder, y que si estábamos determinadas á hacer lo que él dijese. Yo le dije que sí, mas aunque yo esto decia (y me parece lo hiciera) nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se habia de hacer. Mi compañera tenía más fe, nunca ella por cosa que la dijese se determinaba á dejarlo: yo (aunque como digo me parecia imposible dejarse de hacer) de tal manera creo ser verdadera la revelacion, como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura ó contra las leyes de la Iglesia, que somos obligados á hacer; porque aunque á mí verdaderamente me parecia era de Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer sin ofenderle, y que íbamos contra conciencia, parecióme luego me apartara dello y buscara otro medio; mas á mí no me daba el Señor sinó este. Decíame despues este siervo de Dios que lo habia tomado á cargo con toda determinacion, de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo (porque ya habia venido á su noticia el clamor del pueblo y también le parecia desatino como á todos, y en sabiendo habíamos ido á él, le envió á avisar un caballero que mirase lo que hacia, que no nos ayudase) y que en comenzando á mirar lo que nos habia de responder, y á pensar en el negocio, y el intento que llevábamos, y manera de concierto y religion, se le asentó ser muy en servicio de Dios y que no habia de dejar de hacerse; y así nos respondió nos diésemos priesa á concluirlo, y dijo la manera y traza que se habia de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se habia de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese á él, que él respondería, y así siempre nos ayudó, como despues diré. Y con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas

personas santas que nos solian ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban: entre ellas era el caballero santo de quien ya he hecho mencion, que (como lo es y le pareció llevaba camino de tanta perfeccion por ser todo nuestro fundamento en oracion) aunque los medios le parecian muy dificultosos y sin camino, rendia su parecer á que podía ser cosa de Dios, que el clérigo siervo de Dios que dije que habia hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venia en ayudarme en el negocio. Y estando en estos términos y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas desto á mí no se me daba nada, que me habia dicho el Señor que entrase como pudiese, que despues yo veria lo que su Majestad hacia, y cuán bien que lo he visto), y así aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo habia por otros medios de ordenar y favorecernos.

## CAPITULO XXXIII.

Procede en la misma materia de la fundacion del glorioso San José. Dice cómo le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo, y cómo la consolaba en ellos el Señor.

1. Pues estando los negocios en este estado y tan al punto de acabarse, que otro dia se habian de hacer las escrituras, fué cuando el padre Provincial nuestro mudó parecer, creo fué movido por ordenacion divina, segun despues ha parecido; porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perfeccionando la obra y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó no entendiese más en ello; con que sabe el Señor los grandes trabajos y aflicciones que hasta traerlo á aquel estado me habia costado. Como se dejó y quedó así, confirmóse más que era un disbarate de mujeres, y á crecer la murmuracion sobre mí, con haberlo mandado hasta entónces mi Provincial. Estaba muy malquista en todo mi monasterio, porque queria